

Canción de Tres Lunas (Arena)

Ger Arauz

Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO: EL BRILLO EN LA ARENA

Un millar de ojos le observaban desde las profundidades del abismo, y él, estaba dispuesto a saltar. La brisa le acariciaba el rostro, un rostro que aparentaba una edad menor a la que el joven tenía, un rostro de niño, pero un rostro que sin duda había visto muchas cosas. –Será como volar. – se decía el joven, – será como volar...

Titubeó un poco antes de saltar, mirando el suelo bajo sus pies, quería palpar por última vez al mundo: la tierra, el agua, el sol, la hierba... Sin querer pensar más en lo que podría extrañar, saltó hacia el abismo en una caída lenta e infinita, sintiendo como aquellos ojos se volvían expectantes hacia él. Le esperaban, él lo sabía, hacía mucho tiempo que nadie decidía acercarse a sus tierras, pero la paciencia recompensada por la casualidad rindió sus frutos.

Aquellos entes no tenían nada de humano, pero posiblemente, si pudieran pensar como tal, habrían alabado a algún dios oculto que ahora les alimentaba. –Hambre... Hambre...– pensarían los seres más como una exigencia que como un ruego.

El joven caía [volaba], ante aquella oscuridad que reptaba en el fondo esperándole con las fauces abiertas. Ojos de distintas formas veían con ansiedad el descenso del joven hacia aquel mundo que ellos dominaban. Sonidos guturales, piel calcinada, huesos rotos, carne flagelada y lenguas seseantes –Pronto, pronto...– susurraba el joven como un mantra que le protegería de las diversas figuras que luchaban por alcanzarle. Millares de manos se extendían, tratando de apropiarse de este cuerpo intruso que descendía a través de este piélago maldito, ocultando así la poca luz que se atrevía a explorar el abismo

El mar sonaba en el fondo de todo; el áspero encuentro del agua con la arena podría antojarse dulce si le mirabas con detenimiento, casi tierno. Veham pudo sentir la fina arena bajo su piel, corriendo entre sus dedos y raspar su rostro. Se levantó lentamente, mareado y agotado mirando a su alrededor mientras se preguntaba dónde estaba y cómo había llegado hasta ahí. Delante de él se encontraba un mar de arena que reflejaba el color de la luna volviéndose plateada; el viento soplaba a lo lejos por lo que la arena bailaba en caprichosas formas mientras las dunas eran movidas de un lado a otro. Detrás de él, el mar se encontraba calmo, imperturbable salvo el rítmico choque con la arena. Los reflejos de las estrellas se movían levemente, pareciera una pequeña coreografía siendo la luna el centro de atención.

A lo lejos, unas notas se elevaban en el extraño brillo de aquel paisaje nocturno; volaban con el viento y se depositaban suavemente en las dunas, en el mar y en Veham; suaves y dulces le trazaban un camino que debía seguir. No le guiaban demasiado lejos, tan sólo detrás de una pequeña duna próxima a donde estaba. Escaló lentamente, resbalando por el fluir de la arena cuando intentaba asirse de ella. Al llegar a la cima, solo pudo ver un pequeño pozo y junto a este, una mujer.

Ella se encontraba tocando un pequeño instrumento; su mano izquierda tapaba gentilmente algunos agujeros de un compartimento de forma ovalada; su mano derecha se encargaba de girar un pequeño mecanismo. Encima de este mecanismo, el instrumento recibía aire de los labios de este pequeño ser.

Veham se quedó ahí unos segundos, mirándola mientras tocaba. Veía el placer que a ella le generaba tocar por sus facciones: los ojos cerrados, casi podía percibirse una sonrisa en su boca. Su piel morena brillaba azulada bajo la luz de la luna y una larga cabellera negra y lacia caía por su espalda; sus cejas eran amplias y su nariz recta, sus pómulos anchos y los labios carnosos y oscuros.

La música terminó con las notas evaporándose en el aire con un par de ojos grandes y almendrados viéndole. Ahora que podía verla de frente, se aventuraba a pensar que la chica rondaría una veintena de años, similares a los suyos.

-¿Te gusta el mar, la arena, el cielo? ¿O sólo vienes a ver el brillo en la arena, Veham?-dijo la chica mientras le miraba. Todo comenzaba a volverse oscuro de nuevo mientras aquellos ojos color miel le miraban caer en un profundo sueño.

CAPÍTULO I (AZUL)

Un pequeño terremoto sacudió a Veham -iEh, vamos! – Dijo una voz ronca - Ya te he dejado dormir lo suficiente. ¡Arriba! Que ya ha pasado medio día y la pobre de Ythlen no podrá cargarte todo el día.

Veham despertó del todo y dio un vistazo rápido al lugar en donde se encontraba, un lugar muy extraño: un infinito azul se extendía bajo él, sobre él un gran y tumultuoso océano de polvo se mostraba burlón ante su mirada. Intentó levantarse hacia su lado derecho, pero sólo encontró el vacío por un instante y después encontró dolor. Una risotada con un coro de risas aparecieron ante su caída. Ahora el azul infinito se encontraba sobre su cabeza y descubrió que el océano de polvo en realidad era más

estático.

-¡Vaya, chico! ¿Acaso no te has dado cuenta dónde estaba todo? –Volvió a repetir la voz – Lo siento – dijo Veham aún en el suelo-, pero últimamente me han pasado cosas muy extrañas. Tal vez alguno de ustedes quisiera decirme donde me encuentro.

Se escucharon más risas, aunque menos que la vez pasada. Veham se levantó del suelo y observó el lugar de donde venía la voz que le hablaba. Pudo distinguir una mula, donde supuso estaba acostado antes de caer, y tomándola de las bridas se encontraba un pequeño anciano con una cara divertida. La piel tostada por el sol ya se encontraba llena de manchas y una gran calvicie se extendía por su cabeza; tenía los ojos apenas abiertos, pero se distinguía una gran chispa de ingenio en ellos; una pequeña barba canosa se asomaba bajo el mentón.

-¡Por Ia, chico –dijo el anciano-, estamos en el desierto de Sier, de esto depende nuestra existencia! – Veham aún no entendía exactamente de que le hablaba el viejecillo, pero pensó que seguramente tarde o temprano todas las dudas que le atacaban se apaciguarán después de un tiempo.

-Gracias por ubicarme –dijo Veham-, señor. Veo que han cuidado de mi y ni mi nombre les he dicho. Yo soy [*¿Te gusta el mar, la arena, el cielo? ¿O sólo vienes a ver el brillo en la arena, Veham?*] Veham –dijo intentando ocultar la sorpresa en él.

-Pues mucho gusto, Veham –dijo el hombrecillo-. Tienes un nombre que nunca había escuchado. Yo soy Krup, a secas. No quiero que me llames señor ni nada parecido, me hace sentir viejo. Detrás de ti se encuentran mis tres nietos –dijo Krup, Veham aprovechó para girarse y conocerlos, vió a tres niños con nariz achatada, ojos redondos y cabello castaño-. El mayor es Thim, es aquel de mayor estatura. Le sigue Fig que está a su derecha, es muy callado, no te ofendas si no te habla. Finalmente queda Poll, no te dejes engañar de ese que se esconde tras los otros dos, es un pillo y un rufián, en cuánto te des la espalda una buena broma te va a gastar, por ello no respondo.

-Mucho gusto a todos –dijo Veham- Recuerdo haber visto a una chica antes. ¿Está con ustedes?

-¡Pues claro! Es la vieja Ythlen –decía Krup mientras señalaba a su mula- Ella te salvó, yo estoy muy viejo como para cargarte y mis chicos están algo flojos todavía. Y aquí entre nos, creo que le gustas –dijo guiñándole un ojo. Los chicos intentaron torpemente esconder una risilla, tal vez de alguna broma que compartieran con su abuelo –Faltan un par de

kilómetros para llegar a la caravana con la comida. ¿Crees poder llegar?

-Seguramente podré caminar esa distancia – respondió mientras miraba el horizonte que se alzaba frente de él.

Comenzaron su recorrido. El sol salía por el horizonte besando con su luz una tierra árida; la vista sólo podría posarse alguna roca ocasional o en la arena. Sorprendentemente, hacía frío; de aquel que se adentra en los huesos y te congela hasta el mismo corazón. La música que se escuchaba durante la noche anterior se encontraba aún en el aire; la melodía era cálida y distante, un fantasma de una canción que rogaba por ser escuchada.

Mientras caminaban, Veham prestó atención a los detalles que le rodeaban: el sol se alzaba, pero comenzaba a hacer frío, la arena resplandecía con los rayos que apenas y le rozaban. Igualmente se mantuvo el pendiente de los niños, no quería que Poll le gastara una buena broma como Krup lo vaticinaba. Ellos caminaban detrás de su abuelo, jugando, riendo y metiéndose el pie entre ellos para hacerse tropezar. Llevaban en su cinturón unas pequeñas esferas de color negro cuyo propósito Veham no supo adivinar, fuera de ello, parecían chicos normales. Ythlen llevaba sobre su lomo un par de bultos igualmente negros, aunque no supo el contenido.

Para hacer más ameno el recorrido, Vahem decidió preguntar cuál era el motivo de la presencia del grupo en el desierto de Sier.

-Hijo, ¿te has golpeado fuerte la cabeza? –contestó Krup con un tono de ironía- Venimos por el *Sierim*. Y antes de que me preguntes qué es, mejor te lo diré. Pues resulta que este polvo que ves por todo el desierto es el Sierim. De que consigamos este polvo depende nuestra propia existencia

La expresión de Vahem debió denotar que aún no comprendía exactamente el porqué de las cosas.

-Te explicaré todo cuando lleguemos a nuestro hogar en Gröthelk -dijo Krup pacientemente.

El sol del mediodía azotaba el desierto incansablemente. El anterior frío fue sustituido por un calor inmenso, pero el calor no provenía del Sol, sino de los rayos que el *Sierim* reflejaba hacia los caminantes. La intensidad de la luz que provenía del suelo agujijoneaba los ojos de Veham; a los niños y al anciano en cambio parecía no importarles.

-¡Mira, Fig; un banco de Yubal se acerca! - dijo Poll después de unos minutos mientras señalaba hacia el Oeste. Veham giró hacia donde señalaba Poll rápidamente y observó atentamente el horizonte. Al principio no logró distinguir nada entre el brillo del desierto, pero como su

visión fue acostumbrándose, logró ver una zona donde las tranquilas arenas comenzaban a ebullición. La arena salpicaba en pequeñas y grandes explosiones a unos cientos de metros del grupo. Aunque Veham seguía sin lograr ver más detalles de lo que sucedía los chicos miraban emocionados.

-Abuelo, ¿crees que vengan? -decía Poll emocionado.

-Esperemos que si. -contestó Thim a su hermano mientras le tocaba el hombro a su abuelo para hacerlo detenerse.

-¡Ya, niños! -dijo Krup irritado- Están ustedes un poco crecidos para creer las tonterías que se cuentan en el pueblo. Esos son solo peces, déjenlos en paz y no los vayan a molestar.

A pesar de las insistencias de su abuelo los niños seguían viendo asombrados el espectáculo que se mostraba ante ellos. Veham ahora pudo distinguir unos pequeños puntos de color azul que salían disparados de la arena y volvían a ingresar dentro de ella. Incluso Fig, siendo tan tímido como era, soltó a Thim por unos segundos maravillado con los peces de arena.

El espectáculo terminó gradualmente. El número de estallidos se fue reduciendo así como la intensidad de las explosiones. En poco tiempo no quedaban más que una quietud inmensa como el desierto y un silencio quebradizo; nadie quería romper ese silencio que los inundaba; no se hizo ni un movimiento, no se dijo ni una palabra, ni siquiera la cansada Ythlen dejó de contener el aliento durante esos momentos.

La melodía que habían escuchado antes se filtró en el silencio para sustituirle; reclamando lo que antes era suyo comenzó a inundar el paisaje y darle un nuevo color. -Estamos cerca -dijo Krup secamente-. Andemos. - Fig volvió a tomarse de Thim, Poll sonrió y Krup comenzó a guiar nuevamente a su querida mula.

Durante el camino los chicos intercambiaban susurros sobre lo que acababa de pasar.

-Hubiera sido genial que les hubiéramos dado alcance- decía uno-.

-No estaban tan lejos, si hubiéramos corrido podríamos haberlos tomado por sorpresa - contestaba otro-.

-Tal vez incluso nos encontraríamos con el Gran Yurun y nos concediera un deseo -terciaba el restante-.

Vahem caminaba delante de ellos; aún no distinguía completamente las voces de los muchachos como para identificar de quién venían los

comentarios en la plática, pero pudo distinguir que todos compartían el entusiasmo y la ilusión de encontrarse con los peces.

La música y el ánimo de los chicos aumentaba de intensidad conforme caminaban; Krup tuvo que calmar a los niños, era notorio que él no compartía el mismo gusto de ver a los extraños Yubal como ellos.

Escalaron una duna resbaladiza, era difícil pues el polvo no se había asentado completamente y todos, incluyendo a la mula, resbalaban y tropezaban constantemente. Al llegar a la cima con cansancio, Vehem miró lo que había por delante y tomó una bocanada de aire, dirigió su mirada hacia abajo y fue entonces cuando la vio.

Ella se encontraba ahí, de pie, apoyada sobre algo que pareciera ser una balsa redonda. Vehem sabía que era ella, indudablemente tenía que ser ella quien le había encontrada la noche anterior.

Nuevamente la encontraba absorta en su música, con los ojos cerrados y con el mismo instrumento extraño. Sus manos diestras manipulaban el instrumento con cuidado y firmeza; exacta y sutil se encargaba de hacer que la música que naciera en su mente se transformara en el hermoso sonido que todo el desierto podía percibir.

Vehem podría haberse quedado eternamente escuchando esa melodía que le llenaba de calor y que, de alguna manera, le hacía sentirse ingrátido.

-¡Azul! - exclamó Krup al verla interrumpiendo el encanto -Me alegra ver que no te has ido sin nosotros.

-Sabes muy bien que nunca querría deshacerme de tan galante compañía -le contestó la joven. El anciano le contestó con una pequeña sonrisa-

-¡Azul, Azul, vimos un banco de Yubal! -le dijo Thim -Pensamos en alcanzarlos...

-Pero estaban algo lejos de nosotros -le interrumpió Poll -.

Fig soltó a su hermano Thim y corrió hacia Azul con mucho cuidado de no tropezarse al bajar la duna. Al llegar a Azul, se quedó a su lado sonriéndole.

-Yo también te extrañé pequeño -le dijo Azul a Fig mientras se agachaba para besarle la frente -. Veo que han traído a un nuevo amigo. Tú, ¿acaso no piensas presentarte a una dama como yo?

Vehem reaccionó al notar que se dirigían hacia él. Era el único que no se había movido de la cima de la duna, pues todos, aunque a diferentes

alturas, ya habían recorrido el camino hacia Azul y la balsa.

-Soy [*¿...el brillo en la arena, Veham?*] Veham -dijo mientras descendía para alcanzar a los otros-. La verdad no sé muy bien dónde estoy ni qué es lo que me ha pasado. Creo que esos detalles te los contaré cuando los descubra o los recuerde.

Todos descendieron de la duna a su ritmo, aunque todo el proceso no duró más de dos minutos. Se acercaron a la carroza y dejaron los bultos negros que cargaba Ythlen sobre ella.

Veham observó con más detenimiento la balsa. No contaba con remos ni ningún tipo de mecanismo que le permitiera moverse. Carecía de ruedas y de varas para animales de tiro; no estaba hecha de madera como había imaginado inicialmente sino de una extraña piedra de colores cobre y marrón. Era redonda y sin ningún tipo de adorno; tenía varios golpes y rasguños y contaba con una sucesión de agujeros equidistantes por todo su perímetro.

Aunque Veham tenía curiosidad acerca del extraño tipo de transporte, decidió no perder el tiempo con él, estaba seguro de que poco a poco los misterios de este mundo ajeno se le irían revelando o, en todo caso, serían recordados.

-Krup, ¿cuál es el plan? - preguntó Veham cuando estuvo cerca de él.

-¿Ahora mismo? Comer. No se puede hacer nada bien con la barriga vacía -contestó mientras se sobaba la panza-. Seguramente Azul preparó las cosas durante nuestra partida.

En efecto, Azul había preparado los alimentos. Los niños fueron a sentarse dentro de la balsa mientras que Krup sacaba un mantel de las alforjas de Ythlen. Azul mientras tanto, llevaba la comida dentro de una especie de bolsa. Veham preguntó a ambos si había algo en lo que pudiera ayudar pues comenzaba a sentir que recibía demasiadas atenciones de estos extraños. Tanto Azul como Krup se negaron y le mandaron, cada quien a su manera, a sentarse en la balsa. Krup colocó el mantel sobre la balsa y Azul la bolsa en el centro de éste.

Cuando todos estuvieron sentados, Krup se arrodilló mientras llevaba ambas manos al pecho. La izquierda estaba cerrada en un puño mientras la envolvía con la diestra. Hubo un momento de silencio nuevamente.

-Ia, escúchanos -dijo Krup-.

Inmediatamente todos se hincaron e hicieron el mismo gesto de Krup.

Veham los imitó.

-Ia, aquí estamos -dijeron todos al unísono salvo Veham.

Krup entonces comenzó a hablar. No era algo que Veham pudiera entender, es más, a pesar de que se esforzaba en encontrarle una estructura a lo que Krup decía, le costaba trabajo encontrar la separación entre las palabras e incluso comenzó a dudar de que este nuevo lenguaje constara de ellas.

A pesar de todo, era agradable oír este bizarro salmo que Krup pronunciaba. Mientras era dicho, Krup separaba los brazos de su cuerpo lentamente y a la vez extendía las palmas de sus manos. Sus manos, aunque anteriormente temblaban, ahora se encontraban firmes, realizando aquel movimiento que seguramente habían hecho infinidad de veces.

El ritual no duró mucho, quizá menos de un minuto. Después de que el salmo acabara se hizo el silencio. Se podía escuchar la dura respiración de Krup mientras su familia y Azul le miraban expectantes. Tras tranquilizarse, Krup retomó su gesto sonriente de siempre y tranquilamente expuso abrió la bolsa exponiendo la comida en su interior. Veham no pudo notar que había en la bolsa en un comienzo hasta que Fig comenzó a repartir los alimentos.

Sin plato, Fig le depositaba a Veham un crustáceo en las manos, era similar a una langosta aunque tenía un color azulado y un par extra de patas. Ya que todos tuvieron su crustáceo en las manos fue cuando Krup interrumpió el silencio.

-¡Al ataque! - dijo Krup haciendo sonreír a sus sobrinos.

Capítulo 2

Sombras en la noche

El sabor era delicioso, aunque la carne no era muy jugosa. Thim solucionó el problema con un odre de agua que había en un compartimento secreto en la balsa. Comían todos rápidamente pues no había sombra para ponerse a cubierto.

-¿Qué son estas cosas? - le preguntó Veham a Azul aún con algo de comida en la boca.

-Son skerpen -le contestó Azul asombrada por la pregunta.

-Son deliciosos -dijo Veham, notando la sorpresa de Azul-. Tal vez que no los conozca resulte extraño, pero para mí, todo lo es. No puedo recordar nada, a veces llego a creer que Veham no es mi nombre.

-Eso es divertido -dijo Azul-. Al parecer eres todo un misterio. Sería interesante saber que secretos escondes, Veham.

-Ya en el pueblo te llevaremos con el doctor Dykol -intervino Krup-. Puede que sus métodos sean extraños, pero siempre resultan efectivos. Él te curara esa cabeza tuya tan desordenada.

-iDykol es increíble! -dijo Poll- Una vez me rompí un brazo -decía mientras señalaba una cicatriz en su brazo derecho-. Me tomó el brazo y me lo volvió a acomodar, luego me puso yeso y se lo pude presumir a mis amigos.

-Eso te pasa por andar de revoltoso, dulzura -le dijo Azul-. Tal vez si fueras un poco más como Fig, no te hubiera pasado nada.

-Pero eso se aburrido. Además, no me dolió -dijo Poll con el orgullo herido-.

-Tal vez, pero así hubiera podido hacer otras cosas sin tener que preocuparme por ir cuidándote desde entonces - le dijo seriamente Thim-.

A Veham le agradaban esos chicos, siempre se molestaban entre ellos, pero era notorio que se apreciaban. Seguramente era sabido en el pueblo que si reñías con uno tendrías que lidiar con los tres.

Los chicos siguieron presumiendo sobre quién era el más fuerte y el más audaz presumiéndole cicatrices a Veham. Sobre como se había golpeado cuando Thim defendió a Poll de un chico mayor, sobre las bromas y

escapadas de Poll, la vez que un skerp había atrapado a Thim por la oreja. Fig era el único que se quedaba callado, veía a sus hermanos y sonreía mientras se quedaba sentado sobre las piernas de Azul.

Azul seguía las historias de los niños y los incitaba con su risa. De vez en cuando interrumpía la historia para hacer un comentario gracioso y luego dejaba que el relato siguiera. El tiempo corrió deprisa y la tarde corría. Pronto llegaría el atardecer y Veham quería saber qué colores mostraría esta vez el desierto.

Krup tomó la bolsa del centro del mantel y juntó los restos de la comida en el centro del mantel. Tomó las esquinas formando una pequeña bolsa. La dejó caer fuera de la balsa mientras llamaba a Veham.

-Chico, tal vez te agrada ver lo que pasa ahora -dijo el anciano-.

Perezosamente fueron saliendo de la arena una pequeña multitud de nuevos seres para Veham. Eran unas criaturas que fácilmente le llegarían a la cintura. Se arrastraban sobre sus cuatro extremidades; eran grandes y musculosos sin contar que la parte externa de su cuerpo estaba cubierta por una armadura articulada de hueso de color blancuzco, haciéndolos pesados; en la cabeza tenían un pequeño cuerno del mismo hueso no mayor a dos pulgadas; sus miembros delanteros parecían estar completamente cubiertos de hueso. Por dentro, desarrollaron un pelaje fino y corto de color café oscuro. Eran lentos y fueron por los restos de comida que Krup había dejado caer. Aún a pesar de que eran criaturas imponentes, eran dóciles, dejándose acariciar por los niños en su suave barriga.

-¡Chicos, equípenlos! -dijo el anciano a sus nietos.

Sacaron unas pecheras de un compartimento oculto dentro de la balsa y se las colocaron. Las pecheras parecían estar hechas de cuero, y contaban con dos arneses. Los chicos sacaron algunas cuerdas del mismo compartimento y los ataron a los arneses. Estas cuerdas igualmente las ataron por el otro extremo a los agujeros de la balsa.

Son los kalt -le dijo Azul a Veham-, algunos los llaman "grandes topes", aunque a mi me parecen más como pequeños osos. No ven bien de día, y como puedes notar, con tanto hueso encima les da mucho calor. Por eso salen en la noche, cuando comienza a hacer más frío.

En efecto, con la caída del sol, el desierto volvía a ponerse frío, aunque la arena brillaba dorada a lo lejos. Las dunas alrededor de ellos hacían grandes sombras que hacían que el sierim se volviera de un color azul opaco.

-Así que los kalt son la forma de mover la balsa -dijo Veham-. Me daba curiosidad saber cómo se transportaban.

-Bueno, al menos atinaste a nombrar la "balsa", no estás tan perdido como parece -le dijo Azul con una sonrisa-. Pero no te confundas, los kalt no son bestias de tiro, son inteligentes y deciden por si mismos ayudarnos porque saben que en cambio nosotros los cuidamos y alimentamos.

-¿Cuidar de qué, de algún predador? - preguntó Veham.

-Te contaré cuando sea necesario. Por ahora preocúpate más por tratar de recordar -le contestó Azul relajada-.

Todos subieron a la balsa, incluso la Ythlen que se mostraba reacia a aproximarse a ella. Mientras tanto, el Sol se ponía en el horizonte. Diferentes colores se reflejaban en la arena a medida que el sol se ocultaba, destellos azules, dorados, anaranjados y amarillos aparecían y desaparecían aleatoriamente por todo el desierto. Veham se mantenía maravillado por la belleza del paisaje. El espectáculo se mantuvo mientras el Sol se aferraba con sus últimas fuerzas al firmamento y dejaba una última traza de calor que impactó a la comitiva.

Finalmente se hizo la noche. El color plateado de la arena del desierto y, nuevamente, se hizo el silencio. Las estrellas se asomaban por el cielo, primero unas y luego otras, como si fuera una multitud de ojos sonrientes que comenzaran a despertar. La luna plateada se alzaba creciente en el manto celeste reclamándolo como propio. Mientras tanto, el viento venía desde el océano, jugaba con los cabellos de Azul y dejaba un sabor salado en la boca de Veham; después seguía su camino hacia las dunas mientras jugaba con la arena formando pequeños y brillantes remolinos plateados, tampoco se olvidaba de las dunas, quienes empujaba gentilmente como las velas de barcos de gran calado.

Veham se mantuvo unos instantes observando el paisaje. La calma de este desierto lo embriagaba, dándole un sentimiento de pequeñez ante este inmenso lugar. Se sentía pequeño y la zozobre le invadió. No sabía a dónde iba o de donde venía, sólo podía confiar en la generosidad de los extraños que acababan de encontrarle y con quienes había compartido momentos que no comprendía del todo bien. Se tomó unos segundos para verlos nuevamente: Krup riendo con sus nietos, Azul perdida en el paisaje y la mula nerviosa por algo que esperaba. Era una compañía feliz, seguramente podría acostumbrarse a estar con ellos, claro, si es que lo permitían.

Los kalt ya equipados avanzaron lentamente unos pasos para después sumergirse en la rena. Si no fueran por las cuerdas, Veham nunca podría haber adivinado su localización pues no dejaban ni un rastro sobre la fina arena. Las cuerdas se tensaron y durante unos segundos, nada sucedió,

después con una sacudida violenta que casi llevó a todos a sus rodillas, la balsa se puso en movimiento.

El roce de la balsa con el viento generaba un ligero silbido. Los kalt avanzaban bajo la arena, al parecer podían conseguir aire bajo la arena o carcián de aquella necesidad pues durante el trayecto no habían emergido para buscar este fluido.

Dentro de la balsa, el grupo se había dividido en dos, de un lado Azul, Veham e Ythlen que se había tranquilizado después de la sacudida inicial se encontraban en la parte frontal de la misma. El anciano y sus nietos se encontraban en el otro extremo jugando con unos dados que Poll había sacado de alguno de sus bolsillos. Azul seguía perdida en el paisaje, mientras que Ythlen se había acostado en el suelo de la balsa.

-¿Podrías volver a tocar, por favor?- Le preguntó Veham a Azul

Azul, saliendo de su ensimismamiento, dirigió una mirada inquisitiva. La sorpresa de la petición había despertado su curiosidad, así que llevando sus manos a espalda, cubierta por su cabello. En este momento fue que Veham notó la peculiaridad de la vestimenta de Azul. Vestía una abaya de color blanco, bordada con detalles dorados. Llevaba la cabeza descubierta y su cabello cubría parcialmente unas arracadas de color dorado.

Sin más preámbulo, Azul se llevó el instrumento a los labios y cuidadosamente comenzó a tocar la misma melodía que había tocado antes. Veham nuevamente se sintió hechizado por la música, podía sentirse llamado por ella, aunque dada su situación no tuviera idea de que era lo que sucedía. Esta vez, en cambio, no le pareció que Azul tocara una eternidad como lo había hecho anteriormente.

-¿Qué es lo que tocas? -preguntó Veham mientras salía del trance.

Mientras tanto, al otro lado de la balsa, Krup miraba a la pareja con detenimiento. Le era difícil concebir que alguien no conociese la historia de aquella canción. Tal vez Veham tuviera secretos mucho más grandes de lo que podía imaginar, pero dudaba que mal alguno cruzara la mente de Veham. -Pero... Dudó al decirme su nombre.- Pensaba para sí el anciano. Muchos años habían pasado por él, muchos nombres y rostros, muchas voces y a pesar de ello aún no podía averiguar nada más de el joven que habían encontrado desmayado en el desierto sin ningún rasguño, tal vez sin conocer su nombre y sin conocer el génesis de este mundo.

-Es una canción tradicional de Gröthelk, de cuando nuestras lunas compitieron entre sí -dijo Azul con una sonrisa-. ¿Te gustaría escuchar la historia? -decía mientras lo invitaba a seguir observando el panorama.

-No sabes cuánto me encantaría -contestó Veham mientras se acomodaba a su lado-.

-En un principio no existía la tierra, tampoco existían el sol y las estrellas ni mucho menos la vida. Sólo existían tres lunas y un vasto océano. Las lunas se correteaban entre sí por el cielo, hasta que a una de ellas se le ocurrió acercarse al océano para jugar con él. Descubrió que podía tirar de él a su voluntad y hacerlo fluir también por el firmamento. Sus hermanas lunas se acercaron a jugar con él también. Así comenzó la amistad entre ellos. Las lunas lo llamaron Tenhos y él las llamó Ia, la pequeña de plata; Kom, la furia roja y Ainé la belleza cristalina. A veces, todas juntas tiraban a Tenhos hacia un mismo lado, otras veces no siempre estaban de acuerdo. Siendo Ia la más pequeña de las tres siempre perdía en estos juegos, por lo que la ganadora siempre terminaba siendo aquella de sus hermanas a quién Ia decidiera apoyar. Una vez, Kom y Ainé decidieron justar para ver cuál de ellas era más fuerte, y así, en extremos opuestos, comenzaron a tirar de Tenhos. El océano reía mientras ambas lunas lo mecían. A veces parecería que ganaría Kom, otras Ainé y así estuvieron...

-¡Cuidado, ahí vienen! - interrumpió Kurp la historia bruscamente.

El rostro de Krup había cambiado totalmente. El antes risueño abuelo ahora tenía una cara como si hubiera visto la mismísima muerte. La preocupación en su rostro era tangible y el pánico casi se apoderaba de él. Se movió rápidamente hacia la compuerta de donde había tomado Thim el agua y buscaba frenéticamente en ella. Muy pronto encontró lo que buscaba, un cinturón con esferas negras colgándole.

-Ten mucho cuidado, cada vez que veas que alguna sombra se acerca a la balsa o a los kalt tienes que lanzarle una de estas esferas. No estamos completamente armados, pero si somos cuidadosos podemos llegar a alguno de los retenes donde estaremos a salvo.

Veham examinó rápidamente una de las esferas de color negro. No podía medir más que una de las falanges de su pulgar, pero aún así se sentía maciza. Se colocó el cinturón y observó unos momentos el horizonte: nada. Volteó hacia Azul y a lo lejos pudo observar el fenómeno que tenía atemorizado a Krup: Cientos de sombras se alzaban de la arena, primero amorfas comenzaban a tomar diferentes formas. Algunas eran sólo figuras reptantes en el desierto, otras habían desarrollado todo tipo de extremidades y corrían en dirección de la balsa, había algunas que flotaban y se movían como siniestras nubes de ceniza. Veham lanzó la esfera que tenía en la mano con la esperanza de darle a alguno de los entes que se aproximaban, fue en vano.

-¡Te dije que tuvieras cuidado y sólo lanzaras cuando estuvieran cerca! -

le regañó Krup, más encolerizado por el miedo que por la acción.

-¡Abuelo, vuelan! - grito Thim desde el otro lado de la balsa.

Veham no se había percatado de lo cerca que se encontraban los entes de ellos hasta que miró hacia atrás. Se acercaban a gran velocidad, pero ninguno de los niños lanzaban las esferas que tenían preparadas. Incluso Fig, parecía haberse puesto a la altura de la situación y estaba firme junto a sus hermanos.

Krup corrió rápidamente hacia sus nietos -Observa bien, Veham.- le dijo el anciano.

Se puso codo a codo con sus nietos mientras un puñado de entes que habían desarrollado alas se acercaba. Incluso a esta corta distancia era difícil darles una forma definida a las ánimas. Podía adivinarse un cuerpo, las alas, las extremidades y tal vez un rostro, pero parecían estar hechos de ceniza y sombra de manera que no podía reconocerse rasgo alguno de ellos. Se acercaban las sombras aladas cada vez más y más, a tal grado de que si un hombre alto se estirara, podría haberlas alcanzado con su mano desde la orilla de la balsa.

Krup sostenía a Fig con la mano derecha, brindándole el apoyo que necesitaba mientras con la otra mano lanzaba su esfera. En perfecta sincronía, todos lanzaron junto con su abuelo. Un delgado hilo blanco unió a las cuatro esferas que dibujaban una parábola hacia los atacantes.

Las primeras sombras lograron esquivar las esferas, pero las segundas no tuvieron tanta suerte. En el revoloteo de alas, era difícil esquivar algo tan de cerca y más si sus cuerpos tendían a cambiar mientras avanzaban. Hubo un estallido de luz intensa, que al desaparecer dejó ver el resultado: las sombras más cercanas al impacto habían desaparecido totalmente, mientras que otras que fueron cubiertas por sus compañeras resultaron gravemente heridas. Cuerpos agujerados, alas y extremidades de ceniza se reotrcián en la arena para luego ser disipados por el viento, el chillido de los seres aún hacía eco en el desierto mientras.

-¡Les dimos!- celebraba Poll

-¡No bajas la guardia, vienen más, chico! -contestaba su abuelo - Ahora ve, Veham a ayudar a Azul con el frente.

Veham se dispuso a ayudar a Azul. Ella tenía muy buena puntería, cada esfera que lanzaba resultaba en una explosión. Veham hubiera deseado decir lo mismo de sí, que trataba de fallar lo menos que pudiera. Los kalt mientras tanto, seguían con ahínco su recorrido.

Una hora estuvieron defendiéndose de las criaturas que se acercaban a la barca, pero nunca pudieron subirse a la misma o tocar a los kalt. Expresiones de júbilo se escuchaban cada vez que lograban repeler una oleada de atacantes. A lo lejos, unas edificaciones se veían, posiblemente fueran de la misma piedra de la que la balsa fuera construida.

-¡Krup, el retén! -gritó Azul mientras seguía lanzando esferas.

Una oleada de satisfacción los invadió a todos. Ya faltaba poco. Si solo aguantaran unos momentos más, estarían a salvo.

-¡Nos estamos quedando sin esferas! - dijo Thim mientras hacía un inventario rápido

-Tenemos que cuidarlas más -dijo Azul.

Al parecer, las sombras contaban con entendimiento para saber la situación en que se encontraban. Habían cambiado su táctica y en lugar de mantener un ataque frontal como habían hecho en un principio, atacaban como una marea. Se acercaban a la balsa lo suficiente como para provocar una reacción de los defensores y, cuando notaban el movimiento de los brazos, retrocedían para evitar las esferas.

El atrevimiento de las sombras crecía mientras menos esferas les quedaban. El retén estaba a unos kilómetros solamente.

-¡Llama su atención, Veham, haz que nuestros amigos nos vean! -le decía Azul mientras se encargaba de mantener a raya a los entes.

Veham lanzó una esfera al aire sin ningún efecto. Después lanzó dos juntas que al chocar formaron un chasquido de luz. Mientras tanto, los edificios que se encontraban cada vez más cerca seguían en la obscuridad total.

-¡De nuevo, Veham! - le instaba Krup.

Veham repitió su acción, probando ahora con tres esferas. La cantidad de luz aumentó, pero el retén seguía sin mostrar señales de haberlo notado. Las sombras se acercaban cada vez más y más, su atrevimiento seguía creciendo al grado de dejar de importarles la retirada. Dejaron de esquivar las esferas mientras un zumbido crecía dentro de ellas. Veham no podía entender el sonido, pero sí su significado: victoria. Las sombras celebraban.

Rodeados, no tenían otra opción más que seguir adelante, tratando de evitar lo más posible gastar su munición. Una gran cantidad de sombras entonces comenzó a adelantarlos, sin acercarse a la barca ni a los kalt sino que se adentraron en el retén. A pesar de la invasión, no hubo

respuesta alguna. Un gruñido gutural emergió de los edificios.

-Ya no había nadie ahí -dijo Azul-, nos llevaron a sus fauces.

Capítulo 3

La última flama

Comenzó a llover.

Llovía y la noche se expandía. La oscuridad de la noche era tangible y se movía, latía. Latía como el corazón roto de un amante, un corazón podrido que corrompía todo lo demás. El viento aullaba, como un suspiro mientras los relámpagos caían como un grito de dolor. La telaraña de agua descendía sobre la arena, igual que caen los azotes sobre el desnudo cuerpo de un condenado y a la arena le dolía.

La arena expiraba su dolor de una forma extraña, una neblina negra que surgía de sus entrañas, a unos pocos metros de la pequeña comunidad entre los edificios, una neblina hecha de dolor y miedo, desesperación y odio. Doradas venas corrían dentro de la nube siguiendo un camino instintivo, un camino no trazado pero bien sabido.

La muerte vivía dentro de ella, cualquier vida atrapada se convertía a su causa. Pequeños animales se convertían en pequeños monstruos amorfos mientras intentaban -en vano- escapar. Las verdes plantas marchitaban a su encuentro, volviéndose más que fina ceniza. El agua era corrompida volviéndose una parte líquida de la niebla, la luz era absorbida mientras perdía su fulgor lentamente. El aire se volvía rancio y mortal y la tierra emanaba monstruos que crecían acelerados, comiendo frenéticamente.

La oscuridad era tangible y se movía, latía. Latía percatándose de los ojos que la miraban con horror, latía con la satisfacción de ser la causa de sus futuras pesadillas.

Sus brazos polvorientos palpaban el camino, buscaban algo de que alimentarse. Pequeño bebé buscando el seno de su madre en la tierra. Buscaba algo, lo que la mantuviera viva.

Los ojos que la observaban miraron al cielo mientras una pregunta se veía en lo profundo de ellos "¿Por qué?". Las bellas y altaneras estrellas no se dignaron a contestar, aquella escarcha celestial solo se quedó ahí, sin respuesta, impasible, indiferente.

Los ojos de Azul, tierra de vida, habían visto demasiadas cosas espeluznantes. Había visto como los hombres se convertían en animales, había visto muerte, había visto locura, pero nunca aquello. Frías descargas le recorrían el cuerpo mientras aquel corazón podrido se desplazaba sobre la tierra buscando alimentarse. No podría escapar, pero podría ganar el tiempo suficiente para prevenir a los habitantes Gröthelk

ignorantes de la niebla sobre el antiguo mal que había llegado.

Azul salió de aquel estado de terror hipnótico por el bullicio en la balsa. El grupo estaba acomodando los sacos de Sierim que Ythlen había cargado en la parte frontal del vehículo.

-Azul, necesitaremos de tu ayuda -le dijo Krup-. Necesitaremos de tu divina puntería para salir de esta.

Dicho esto, Krup le pidió a todos que le dieran las esferas restantes a Azul.

Las sombras decidían no acercarse al vehículo, ni a los kalt que no podían hacer nada más que tirar frenéticamente por debajo de la arena, en cambio se movían como un vórtice alrededor de ellos arrastrándolos lentamente hacia la neblina monstruosa que yacía expectante por alimento.

Un zumbido emergía de las profundidades de la nube, pareciera que fuera una manifestación corpórea, que era liberado finalmente de una prisión. Golpeó al grupo, haciéndoles vibrar hasta los huesos. Una sensación asfixiante los invadió, la visión se volvía borrosa, el aire se volvía pesado y el miedo se apoderaba de ellos. Tan solo podían imaginar que se encontraban debajo del agua aunque por ahora la lluvia sólo se conformara con mojarlos.

La neblina se encontraba a sólo a unos metros de distancia, extendiendo sus tentáculos lascivos hacia el diminuto espacio que ocupaba el vehículo. El calor de sus cuerpos escapaba, siendo succionado por aquella ánima de la muerte que tenía deseos de más, dejándolos adentrarse cada vez más y más dentro de ella.

-¡Ahora -grito Krup-!

En el acto, Azul lanzó las esferas a los sacos de Sierim que habían amontonado. Era un tiro difícil pues estaban dentro de aquella nube que hacía difícil ver más allá de unos palmos enfrente. Las esferas volaron por el aire, impactando con los sacos y generando una explosión de luz cegadora.

La niebla, herida por la luz, emitió un chillido de agonía y se retrajo. Era un animal herido, pero no sólo en su cuerpo, también en el orgullo. Los rayos dentro de ella comenzaron a aumentar su intensidad, un aura de furia la invadía en estos momentos más que el miedo a la luz y comenzó a expandirse.

Ya no lo hacía lentamente como lo había hecho antes. Ahora crecía a ritmos alarmantes. La palpitación se volvió extrema, rápida,

amenazadora. Las criaturas que emergían de ella dejaban de tener semejanza alguna con cualquier cosa conocida y en una carrera lunática se abalanzaron sobre los arrogantes que escapaban y habían lastimado a su madre.

Mientras tanto, los kalt hacían su parte del trabajo y tiraban de la balsa hacia un pequeño edificio de una planta, cuya entrada se encontraba tan oscura como la niebla que tenían detrás. Veham sólo dio un vistazo hacia atrás para ver como tentáculos de ceniza y oro se dirigían hacia ellos frenéticos por darles alcance antes de perderse en la penumbra de aquel edificio.

Una pequeña flama se alzaba desde las manos de Fig. O al menos eso pensó Veham en el primer instante que la luz iluminó la estancia. Después pudo observar que en realidad Fig carecía de estos poderes mágicos y se servía de un pequeño dispositivo del tamaño de un dedo para crear el fuego. La luz se mostraba imperturbable por la ausencia de viento, quieta y calmada, indiferente a los hechos que habían acontecido hasta hace sólo unos momentos. Veham observó los rostros de sus acompañantes a la luz de la vela. Thim se mostraba aliviado de volver a ver una luz que no fuera la arena del desierto, Poll tenía una expresión similar, aunque miraba hipnotizado la flama que tenía su hermano en sus manos. Los ojos de Azul brillaban con el pequeño fulgor, pero no pudo identificar exactamente la emoción que transmitían ¿miedo, quizá, o tal vez zozobra? Era difícil saberlo. Finalmente, Veham vio a Krup: su expresión no había cambiado en nada desde que se encontraban fuera.

-Krup, ¿estás bien -preguntó Veham preocupándose por el hombre que los guiaba -?

-Estamos atrapados -decía Krup-. Atrapados. Atrapados. Atrapados...

Azul se dirigió en ese instante a abrazarlo. Este gesto tan pequeño, lleno de paz a todos. Aunque el abrazo fuera dirigido hacia Krup, cada uno de ellos podía sentir como si Azul les estuviera abrazando.

-Todo estará bien, señor. Ya verás que si -le decía Azul con ternura-. Encontraremos la manera de salir, ya verás.

La calma regresó al rostro de Krup. Que comenzaba a esbozar una sonrisa después del cálido abrazo.

-No me llames "señor", aún no estoy tan viejo -decía mientras se deshacía cariñosamente del abrazo de Azul-. Ahora lo que importa es pensar qué

hacer.

Mientras tanto, los kalt se juntaban y se acercaban al pequeño Fig atraídos por la luz.

-Abuelo, creo que es tiempo de que dejemos ir a nuestros amigos -decía Thim-. Puedo llevarlos con Veham hacia alguno de los túneles que habrá por aquí.

-Vamos, Thim -le contestaba Veham mientras se alejaban de la luz-. Tal vez consiga que me expliques que es este lugar.

-Este es uno túnel de roca que se construye para casos de emergencias. Está hecha del mismo material que nuestra balsa y tiene una entrada camuflajeada por una fina capa de Sierim en forma de gas, de esa forma podemos entrar mientras que las sombras no podrían -explicaba Thim mientras tanteaba la pared en busca de algo-. Tal vez si logramos encontrar más municiones podamos abrirnos paso y llegar a Gröthelk, que se encuentra cerca de aquí.

-¿Y los demás,- preguntó Veham- acaso no había nadie cuidando este lugar?

-Debieron haber huido, en el mejor de los casos. Los civiles nos refugiamos aquí mientras que nuestros cuerpos de seguridad se encargan de las sombras, pero posiblemente vieron esa nube enorme y decidieron escapar.

Thim encontró lo que parecía estar buscando en la pared, era una pequeña caja con un pequeño mecanismo de engranes. Comenzó a hacerlos girar, primero despacio y después rápidamente hasta que el túnel comenzó a iluminarse con luces blancas. Desde esta distancia podían ver a Ythlen recostada mientras los demás hablaban sobre cosas que no lograban escuchar. Del otro lado, el túnel se extendía inmenso, podía verse una pared de la misma roca hasta el fondo e infinidad de objetos domésticos abandonados. Platos aún con comida, una muñeca, espadas de juguete, algunos pañuelos tirados por aquí y por allá, incluso un zapato abandonado que extrañaba su par. Había algunos agujeros en el suelo llenos de arena. El tamaño era suficiente para que dos kalt cupieran a la vez. Los animales se dirigieron a los agujeros esperando pacientemente a que Thim y Veham les quitaran el equipo. Uno a uno, comenzaron a zambullirse en la arena y desaparecer sin dejar ni un solo rastro.

Thim y Veham se fueron acercando al grupo. Las voces se volvían más claras y ciertas frases podían adivinarse

-Pero no tenemos otras salidas por aquí -decía una voz-.
-Podemos intentar cavar en la arena -contestaba otra-.

-No sabremos a dónde ir bajo la arena -replicaba alguien-. Podríamos quedar aplastados bajo la arena.
-O quizá... Podría salir alguien por los respiraderos y pedir ayuda -decía una voz femenina que sin lugar a dudas era de Azul-.
-No hay forma de hacerlo -comenzaba a poderse distinguir la voz de Krup-. Estamos muy lejos como para ir a pie.
-Podemos hacer una gran explosión -decía Poll-. Creo que ví el polvorín intacto.
-Eso no servirá de nada -le reclamaba Fig a su hermano-. La pólvora no sirve contra ellos, aunque me gusta la idea de la explosión.
-Pero podría llamar la atención de Gröthelk -decía Poll-.
-¿En serio -preguntaba Thim que llegaba junto con Veham-?
-Sólo si resulta que estaba lleno -dijo Poll-.
-¿Y qué tal si buscamos la reserva de esferas -preguntaba Veham-? seguramente algo habrá, suficiente como para salir de aquí y llegar a Gröthelk.
-Es una buena idea, chico -contestaba Krup-. Lástima que ese lugar es en la torre de artilleros, que está justamente cruzando la gran nube de mie... -una mirada desaprobatoria de Azul acuchilló a Krup antes de que pudiera terminar su frase- ...do.
-¡Yo puedo ir -exclamaba Poll-! Soy el más rápido y ágil de los tres y esa cosa ni me verá.

Esa afirmación comenzó una pequeña discusión entre los hermanos que, al parecer, gustaban de competir siempre unos con otros.

-No es el momento chicos -dijo Krup seriamente para restaurar la calma-. Esto tendrán que hacerlo Azul y Veham si no encontramos otra forma de salir de aquí. Ustedes están muy pequeños, yo ya estoy demasiado grande.

Los hermanos se miraron entre sí, claramente desilusionados de no volverse los héroes de la situación desesperada.

-Pues no tenemos muchas opciones para ser realmente sinceros -continuaba Krup-. Estamos a ciegas y atrapados, posiblemente condenados a morir de hambre por el sitio al que aquella monstruosidad nos ha condenado. Azul, Veham ¿lo harían por nosotros?

Sus miradas se cruzaron. La confianza en los ojos de Azul inspiraron valor a Veham. Podría hacerlo, mejor dicho, sabía que era capaz de hacerlo. Esta era la última oportunidad. La última flama.

Capítulo 4